VICENTE EN ACADEMOS

EL jardín de Academos, donde se habla o se escucha sentado, estaba creado desde hace veinticuatro siglos para Vicente Aleixandre. Hoy ya empieza a parecer comprensible. Fuerza de la costumbre. Pero recordemos lo sensacional de la noticia en 1949. La incorporación del poeta a un Instituto de tan tradicional abolengo como es la más antigua de las Academias Españolas, obligada por lema y designio fundacional a la fijación y esplendor de la lengua y con ella de la poesía, literatura y ciencia filológica, no dejó de sorprender a cuantos pensaban en un necesario retraso del gusto académico sobre la palpitación viva del siglo, a cuantos estimaban que el límite máximo de la tolerancia académica se hallaba muy por debajo de las cimas sublimes a que se había alzado el verbo creador y tumultuoso del poeta, difícil entonces y todavía hoy para las mayorías.

Los comentarios de prensa giraron sobre el hecho de que la Academia que ya había acogido sin escrúpulo a la poesía neorromántica o a la creacionista, llamase a su seno nada menos que a la sobrerrealista. Pero esto, ya se ha visto, es punto discutible. La poesía de los libros más escandalosos de Aleixandre es verdad que no hubieran llevado a su autor a la Academia de haberse detenido en ellos su órbita creadora. Pero en cualquier caso entre la poesía de "Pasión de la tierra" o de "Espadas como labios" y la de los poetas iniciadores y denominadores de aquella tendencia, hay la misma distancia que entre la novela naturalista y determinista de Zola y la de los primeros libros de Emilia Pardo Bazán o de Armando Palacio Valdés. Basta leer el librito de la autora de "Los Pazos de Ulloa", el de la polémica de "La cuestión palpitante", para ver cómo tenía absoluta razón al defenderse de ese encasillamiento. Y hoy sentimos que entre ella y un adversario como Pereda había mucha menor distancia que entre ella y los novelistas franceses. La prueba la tenemos en que también el propio autor de "Sotileza" fué acusado de naturalista y tuvo que defenderse señalando sus modelos y precedentes no en Francia, sino en la vieja España de Cervantes y Quevedo.

Del mismo modo la poesía, en aquellos libros de Aleixandre, obedece no a ninguna moda de ultrapuertos, sino a una evolución interior, autónoma y necesaria, a una comunicación con el espíritu del tiempo que le llega al poeta a la vez que a otros poetas de lengua española, sin sometimiento alguno a fórmulas ni a teorías que indudablemente le repugnaban. En todo caso, a partir de "La destrucción o el amor", la poesía

de Aleixandre se liberta de todo contubernio y se clarifica en un vigoroso impulso hacia la vida total y cósmica, a la par que su dominio de la lengua y de la expresión poética llega a un esplendor retórico y poético en verdad soberano y magistral.

Este último punto tiene una enorme importancia para comprender la decisión académica de 1949, porque lo que al Cuerpo celador de los tesoros del idioma interesa no es el color estético de la poesía o de la literatura que el artista adopte, sino el señorío idiomático y el equilibrio mental que en la obra se manifieste con una personalidad impuesta ya por su sola fuerza evidente, si no en la popularidad máxima de la muchedumbre ingenua, sí en la gloria íntima de los mejores y en la orientación fatal de los jóvenes que señalan con su acatamiento la madurez de los maestros.

Si en la Academia se trabaja para limpiar, fijar y dar esplendor al idioma de lo último, de lo del esplendor se encargan por excelencia y dignidad del oficio los poetas y Vicente Aleixandre lo vienen cumpliendo soberanamente desde hace muchos años. El poeta tiene el derecho de crear y de recrear la lengua, a él le toca bruñir los viejos vocablos y anticipar la acuñación y lanzamiento de los nuevos. Tal palabra la usa hoy cualquier hispanohablante porque hace siglos la descubrió Juan de Mena, la autorizó Garcilaso o la inventó Góngora o Quevedo. O ayer no más por la mañana la echó a rodar como una moneda de oro el prodigioso minero que se llamó Rubén Darío. A Vicente Aleixandre le cabe ya, por natural destino desde que sus ojos claros y perpetuamente cándidos se asomaron a la luz del mundo, la responsabilidad y la gloria, si no de haber inventado neologismos de léxico que para nada le hacen falta, sí de haber descubierto en singulares palabras y en concretos giros estilísticos bellezas y posibilidades desconocidas, de tan palmaria eficacia, que ya se van vulgarizando y propagándose, filtrando por las distintas capas sociales la electricidad, el magnetismo misterioso de tales modos de decir inventariados y por tanto inventados por el poeta.

Una observación final para los que piensan—todavía hay algunos—que la investidura académica coarta, envejece y esteriliza a poetas y escritores de creación. Es normal que llegada cierta edad, cese la etapa inventiva o exploradora del artista, a quien lo que de veras le apasiona es profundizar en sí mismo en busca de una claridad, sencillez y emoción mayores. Pero esto nada tiene que ver con un nombramiento que, después de todo, siempre resulta accidental para la obra del poeta. En cuanto al caso de Vicente como al de sus colegas y amigos de hoy, en nada se nota el menor cambio. El era ya de siempre académico por distinción y cortesía amistosa y social. Y por eso se mueve en los salones de la Casa como el pez en el agua. Sus libros de académico son exactamente iguales de lo que hubieran sido sin serlo. Tan extraburgueses y tan aleixandrinos. Y otro tanto sucede con los de los otros poetas aludidos. Como dijo uno de ellos, cuando se lo echaban en cara con retintín: "A mí, que me registren."

GERARDO DIEGO